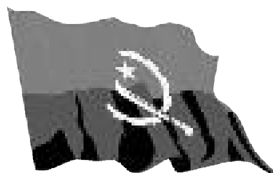
Peligro en la noche



[Pida a un niño de Menores que relate esta historia en primera persona.]

A Hernán le encanta ayudarle a su padre durante las reuniones de evangelismo. Pero en cierta ocasión su deseo de ayudar lo metió en un problema muy serio. Dejemos que él mismo nos cuente lo que sucedió.

La historia de Hernán

Tenía seis años de edad y Angola, mi tierra natal, estaba en guerra. Una batalla sangrienta se libraba cerca de nuestro pueblo. Todos teníamos mucho miedo.

El pastor sabía que la gente necesitaba creer que solo Jesús nos puede proporcionar su paz, así que hizo arreglos para conducir reuniones evangelizadoras en una aldea en la que vivían muy pocos adventistas. Le pidió a mi papá que se encargara del sistema de sonido, y mi padre nos invitó a mi hermana y a mí a que fuéramos con él.

Al llegar alistamos todo para la reunión. Hubo mucha gente en la primera reunión. Mientras observaba a la gente entrar y acomodarse en la carpa, noté a algunos hombres vestidos pesados de gabardinas. Se me hizo muy extraño, porque hacía calor. En ese momento uno de los diáconos me susurró al oído: "Dile a tu papá que no muestre las diapositivas. ¡Hay personas extrañas y tienen armas de fuego!"

Corrí a darle a mi papá el mensaje que el diácono me había dado.

Algunas personas salieron cuando vieron entrar a esos extraños, pero otras se quedaron para escuchar el sermón del pastor. Siendo que mi familia no vivía en esa aldea, no sabíamos si estos extraños eran de ese lugar o habían venido para interrumpir la reunión.

El culto terminó sin novedad, y papá nos pidió a mi hermana y a mí que fuéramos a nuestra carpa, que la habíamos instalado cerca de allí. Cenamos y nos acostamos. Estaba tan cansado, que pronto me dormí profundamente.

DATOS DE INTERÉS

☛ La experiencia de la guerra civil en Angola fue aterradora. El conflicto fue especialmente difícil en la región aledaña a Huambo, donde vive Hernán. Allí también se encuentran las oficinas centrales de la Iglesia Adventista en Angola. Muchos de los edificios que pertenecen a la iglesia fueron destruidos. Pero los soldados respetaron a las iglesias, no las tocaron, y muchos se refugiaron en ellas.

☛ La misión de Bongo, donde comenzó la obra de la Iglesia Adventista en Angola, fue prácticamente destruida. Algunos de los edificios tendrán que ser demolidos para ser reconstruidos. Parte de las ofrendas de este decimotercer sábado ayudarán a transformar el inmueble de la misión en el campus de la Universidad Adventista de Bongo.

Tiroteos en la noche

Desperté abruptamente cuando sentí que alguien me agarró del pie y me sacó a rastras de la carpa.

—¿Qué? —exclamé, tratando de entender lo que sucedía. Entonces escuché los tiros. Las balas volaban por el aire, justo por sobre nuestra carpa.

—¡Corre! —gritó mi hermana. Me paré a tropezones y corrí detrás de ella. Encontramos una pequeña escuela y nos refugiamos adentro. Encontramos a otras personas escondidas allí. Nos agachamos en un rincón y permanecimos callados. Los hombres que nos habían desperado no pudieron encontrarnos, pero los escuchábamos hablar. Nos seguían buscando.

Las voces se desvanecieron poco a poco, pero nosotros permanecimos quietos. Sabíamos que estarían esperándonos afuera. Permanecimos en silencio durante un largo rato, entonces mi hermana me tomó de la mano y dijo:

—¡Corramos!

Salimos corriendo de la escuela y nos escondimos entre los arbustos y matorrales que rodeaban el lugar. De repente alguien gritó: "¡Allí están!"

En eso se produjo un tiroteo y hubo gritos por todos lados. Los que nos estaban disparando eran soldados rebeldes. Nos escondimos entre los arbustos y permanecimos lo más quieto posible. Empezamos a movernos temprano por la mañana siguiente.

Cuando el sol iluminó el cielo, nos aventuramos a salir de nuestro escondite para encontrar a nuestro padre.

Salvos al fin

Al encontrarlo, nos abrazamos fuertemente durante varios minutos. Papá le dio gracias a Dios por habernos protegido. Nos enteramos que nadie había muerto ni resultado herido durante la balacera. El generador que habíamos usado fue destruido y una de las vocinas había desaparecido, pero todo lo demás estaba en su lugar. Era demasiado peligroso permanecer en esta aldea, por lo tanto empacamos nuestras cosas y regresamos a casa.

No podríamos regresar a esa aldea hasta que terminara la guerra. Después, el pastor volvió y condujo una serie de reuniones en el mismo lugar. Cierta noche un hombre se paró y dijo que él había participado en el asalto a la reunión durante la guerra. Ahora deseaba escuchar el evangelio por sí mismo.

Hoy, hay una iglesia de 200 miembros en esa aldea. Me alegra que Dios no abandonara a la aldea por causa de la guerra. Ahora tengo la edad suficiente como para comprender el peligro en el cual estuvimos aquella noche oscura. Pero lo volvería a hacer si Dios me lo pidiera.

En Angola hay muchos adventistas. Ahora que en nuestro país hay paz, queremos reconstruir las escuelas que fueron dañadas o destruidas durante la guerra. Parte de nuestras ofrendas de este decimotercer sábado ayudarán a reconstruir tres escuelas en Angola. Gracias por ayudarnos a decirles a otros que Dios los ama.